

Inflexiones del neoliberalismo y sus efectos sobre la subjetividad: imperativos y paradojas de una nueva discursividad pública en la Argentina reciente.

Catanzaro, Gisela - *giselacatanzaro@yahoo.com*

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones
Gino Germani, Buenos Aires, Argentina.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Buenos Aires
Argentina.

Stegmayer, María - *mariastegmayer@gmail.com*

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina.

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Buenos Aires,
Argentina.

Recibido: 24-04-2018.

Aprobado: 01-09-2018.

Resumen: Este artículo se propone interrogar recientes reconfiguraciones del discurso neoliberal en Argentina a partir del análisis de nuevas formas de interpelación ideológica desplegadas por el actual gobierno nacional. Para ello nos detendremos primero en tres aspectos que han sido resaltados en nuestro medio por las interpretaciones críticas de este novedoso fenómeno: estigmatización, deshistorización y anti-intelectualismo. En segundo lugar, nos referiremos a la figura del emprendedor y al tópico discursivo de la potencia ilimitada en tanto resortes privilegiados en las interpelaciones efectuadas por el actual gobierno. En tercer lugar, focalizaremos en cómo esta modalidad de interpelación

le ofrece al sujeto una satisfacción, una ganancia libidinal sostenida en un inédito repudio de lo imposible. Por último, resumiendo lo expuesto en los apartados anteriores en una serie de paradojas inherentes a estas nuevas formas de interpelación, intentaremos explicitar la singularidad de esta inflexión de la ideología neoliberal contemporánea y las dificultades categoriales que enfrentamos a la hora de su conceptualización.

Palabras clave: neoliberalismo – interpelaciones ideológicas – subjetividad – argentina

Abstract: This article intends to interrogate recent reconfigurations of Neoliberalism taking as a point of departure the analysis of new forms of ideological interpellation in Argentina. In order to do so we consider, in the first place, three aspects which have been highlighted by the local critiques of this new phenomenon: stigmatization, dehistoricization and anti-intellectualism. In second place, we refer to the figure of the *entrepreneur* and the topic of unlimited potency as key elements in the interpellations performed by the current Argentinean government. In the third place, we focus on the way this type of interpellation offers satisfaction to the subject, implying a kind of *joissance*, sustained in an unprecedented denial of the impossible. Finally, through a reformulation of what has been previously stated in a series of paradoxes inherent to this new modes of interpellation, we essay to characterize the singularity of this inflection of neoliberal ideology, as well as the difficulties we find in order to conceptualize it.

Key words: neoliberalism – ideological interpellations – subjectivity – argentine

Introducción: Malestar en la nominación

Nuevas derechas posthegemónicas; postdemocracias (Crouch 2005); neopopulismos y postfascismos (Traverso 2018), neoliberalismos postliberales (Brown 2005), son algunas de las denominaciones que, a lo largo de las últimas décadas, han buscado nombrar la singularidad de distintos procesos políticos acaecidos en la nueva fase globalizada y financiera del capitalismo post guerra fría. Si bien cada uno de estos nombres despliega una productividad conceptual específica, en la proliferación categorial hace síntoma la dificultad del pensamiento político contemporáneo para describir

realidades que se obstinan en superponer temporalidades y estratos ideológicos diversos, refractarios a los ordenamientos lineales y a las pedagogías progresistas que suelen acompañarlos. No es evidente, en efecto, cuáles son los nombres que deberíamos invocar en la interpretación crítica de coyunturas político-ideológicas como el “trumpismo” en Estados Unidos, el crecimiento acelerado de partidos como el que lidera Marine Le Pen en Francia, o los triunfos recientes que, en nombre de la república y la democracia, consolidaron un violento giro desigualitario en varios países de América Latina.

En el caso de Argentina, el debilitamiento de los horizontes igualitarios se produjo en simultáneo con la preocupante presencia en el espacio público de voces racistas, sexistas, xenófobas y criminalizantes cuya inusual virulencia no hubiésemos imaginado tiempo atrás. Ni los pedidos de represión a los inmigrantes (vendedores ambulantes y ocupantes de terrenos que padecieron cruentos desalojos), ni los linchamientos “espontáneos” que se multiplicaron sobre supuestos autores de actos delictivos -entre muchos otros gestos expresivos de altos niveles de violencia y discriminación observables en la sociedad- son nuevos. Sin embargo, adquieren una inflexión novedosa cuando ya no parecen ser experimentables en su incompatibilidad o en su contradicción con una sociabilidad democrática, ni siquiera en la versión -más débilmente democrática- de respeto del principio liberal de tolerancia.

Así, ¿está tan claro hoy en Argentina que el *neoliberalismo* siga siendo “liberal”? ¿En qué sentidos lo sería y en cuáles ya no? Por otra parte, ¿son suficientes las puntualizaciones ya elaboradas por la crítica de los totalitarismos del siglo XX para capturar la especificidad de esta nueva avanzada autoritaria que no duda en reciclar léxicos libertarios? ¿En qué medida resultan las ideas de despolitización o posthegemonía pertinentes para describir nuestro escenario político-ideológico, surcado por “grietas”, nuevas militancias y formaciones partidarias? Es esta complejidad -que hace síntoma en un malestar (de la crítica) en la nominación- la que nos proponemos interrogar en base al análisis de las interpelaciones que ofrece la constelación ideológico-política hoy dominante en Argentina, y de la cual el macrismo¹ actualmente en el poder es menos

¹ La alianza Cambiemos encabezada por Mauricio Macri, conformada por PRO (“Propuesta republicana”) y el Radicalismo, gana las elecciones presidenciales en segunda vuelta en Noviembre de 2015.

artífice exclusivo que intérprete privilegiado. Sostendremos que estas interpelaciones se declinan, en la retórica oficial, en consignas hiper-inclusivas que apelan a la omnipotencia (“*Todo es posible juntos*” o “*En todo estás vos*”, entre otras) y que resultan inescindibles del perfil más visiblemente estigmatizante y excluyente movilizado por ese mismo discurso -antes que una simple máscara que buscaría encubrirlo o compensarlo ilusoriamente, o una figura utópica que llamaría a trascender su violencia actual-. Sostendremos asimismo que estos modos precisos de la interpelación, que se dicen a la vez y sin conflicto en dos caras: la excluyente y la que se quiere omnicompreensiva, pueden darnos una pista sobre la diferencia específica -a nivel ideológico- que presenta cierto neoliberalismo contemporáneo en relación a la configuración de discursos neoliberales anteriores. De acuerdo a nuestra hipótesis de lectura, a diferencia de otros discursos políticos, este nuevo tipo de llamados se caracteriza tanto por movilizar en el sujeto interpelado un *plus de gozar*² que se erige como repudio de las imposibilidades y los límites, como por sostenerse en una incesante repetición de rituales vacíos de símbolos que, en su repetida univocidad, ocluyen el juego -la necesaria inconsistencia- de las múltiples y contradictorias escenas de interpelación en las cuales un sujeto ético-político (individual y colectivo) podría llegar a advenir.

Estigmatización, deshistorización y anti-intelectualismo

En sintonía con una serie de señalamientos claves en los que la filosofía y la teoría política han venido insistiendo desde mediados del siglo XX, la crítica vernácula del nuevo discurso público dominante en Argentina³ ha alertado sobre el autoritarismo subyacente a los rasgos estigmatizantes, anti-intelectuales y deshistorizantes allí movilizados. Sin ser nuevos, estos tres aspectos han tendido a afianzarse al hallar una renovada legitimidad en

² La noción de *plus de goce* es introducida por Jacques Lacan -quien postula una homología con el concepto marxista de plus valor- como aquel modo de gozar que se corresponde con los imperativos del discurso capitalista. Este último, en el marco de su teoría de los discursos se diferencia del discurso de la histérica, del discurso universitario, del discurso del amo, y del discurso del analista. Cada uno de ellos supone un modo particular de posicionarse frente al saber, frente a la verdad, frente al goce. Ver, entre otros textos, Lacan, J. (1990). Seminario XVII: “El envés del Psicoanálisis”. Bs. As., Arg. Editorial Paidós.

³ Este discurso no se limita, por cierto, a los enunciados de los cuadros partidarios de la alianza en el poder, aunque aquí otorgamos cierta centralidad al papel de las consignas y *slogans* promovidos desde el oficialismo por lo que ellos aciertan a condensar en términos significantes.

la retórica oficial. Se ha insistido, por cierto, en la violencia designadora que carga las tintas de una discursividad pública pletórica de estereotipos. Excluyentes y persecutorias, las credenciales identitarias atribuidas a los “malos sujetos” -“ladrones”, “vagos”, “planeros”, “ñoquis estatales” o “grasa militante”⁴, entre otras expresiones que este discurso ha sabido imponer en el espacio público- buscan señalar quiénes deben ser castigados en una cruzada violenta que exhibe una coartada higiénica y moral⁵.

En otro plano, la crítica ha advertido también sobre la multiplicación de nombres propios -o de su amigable recorte diminutivo- como manifestación de una promesa de simplicidad y cercanía a contrapelo de lo que se percibe y condena como las distancias excesivas y artificiosas de una arena pública supernumeraria en relación a una escena doméstica más originaria y verdadera, que contendría en sí misma *todo* lo que sería preciso saber.⁶ De esta apelación anti-intelectual a la domesticidad inscrita en los léxicos “de entrecasa” que el macrismo supo ensayar desde su nacimiento, se ha llegado a la celebración actual de “la verdad” de los lazos familiares por debajo de cualquier elaboración intelectual que insistiría en restablecer relaciones, inscripciones históricas y explicaciones buscando, así, camuflar una realidad esencialmente simple y autoevidente.

Como se ha señalado del sesgo marcadamente naturalizante de este discurso o, mejor, de su inquebrantable voluntad de literalidad, en ella se vive la experiencia de vulneración del ámbito de nuestras efectivas incumbencias en tanto individuos de carne y hueso, por la supuesta “intromisión” de cuestiones abstractas, retorcidas y derivadas. Una *innecesaria* abstracción contra la cual se valora la autenticidad y el decir directo que habla en nombre de una vida plena y que, sin embargo, deja sin interrogar tanto la relación de

⁴ Los términos “planeros” y “ñoquis” refieren peyorativamente en este discurso a los destinatarios de planes sociales, en el primer caso, y a los trabajadores del Estado, en el segundo.

⁵ Durante su discurso sobre las negociaciones con los “fondos buitre” (*hold outs*), el entonces ministro de Hacienda, Alfonso Prat Gay, refiriéndose a los empleados estatales, sostuvo: “No vamos a dejar la grasa militante, vamos a contratar gente idónea y eliminar ñoquis”. Ver: <http://www.lanacion.com.ar/1861924-prat-gay-hablo-de-grasa-militante-y-desato-la-polemica-en-twitter>.

⁶ Apelación anti-intelectual no azarosa pero sí particularmente paradójica en la voz de quien ocupa la máxima investidura política: “Creo que el siglo XXI alineó ideologías en función de un resultado. La gente quiere vivir mejor, la gente quiere tener una vida sana, quiere hipercomunicarse, quiere proyectar el futuro para sus hijos, entonces busca quién es el que le da esa garantía. Después hay una minoría que quiere relacionar eso con historias y razones y filósofos... Pero la verdad es que, al final del día, lo que importa es mi hijo. ¿Va a tener un mejor futuro que yo? O sea, ese amor narcisista que uno canaliza en los hijos. Uno quiere garantías, y eso es lo que busca la gente”, sostuvo Mauricio Macri en una entrevista realizada por Jorge Fontevecchia y publicada por el Diario Perfil el domingo 20 de marzo de 2016. Disponible en <http://www.perfil.com/politica/he-tenido-dias-de-abrumarme-0319-0100.phtml>.

esta última con las condiciones que la harían posible como las mediaciones y determinaciones históricas -necesariamente opacas para nuestra conciencia cotidiana- en que ha llegado a configurarse el mal cotidiano que se padece.

Atendiendo a ese carácter desmemoriado, un tercer rasgo que podemos resaltar en la crítica de este nuevo “concretismo” dominante es la deshistorización, operación que desprecia las marcas de lo sido y sus efectos en la constitución del presente, dando lugar a una realidad “adelgazada” que se desentiende de las sobrecargas simbólicas de un pasado común y propugna una suerte de “conciencia al natural”. Una vez más, se nos llama a despojarnos de mediaciones innecesarias, a borrar las huellas de los lenguajes y combates que retornan cuando se invocan nombres *políticos* para la comunidad.

En síntesis, estigmatización, deshistorización y valoración de un contacto directo salvaguardado en la esfera “auténtica” de la domesticidad, constituyen tres perfiles en los que se delinea no sólo una estrategia discursiva particular con autorías claramente determinables y acotadas, sino -de modo más amplio y preocupante- una cierta sensibilidad social y un tipo de experiencia subjetiva cada vez más extendida. Su violencia específica resultaría reconocible tanto en los modos estigmatizantes de identificación del otro, como en la representación de un verdadero e inmediato interés vital ceñido a la transparencia y auto-evidencia del presente. Se trata de un realismo ingenuo que no se agota en la experimentación del mundo como esencialmente reductible a las evidencias inmediatas sino que avanza sobre la subjetividad, despojada -ella también- de toda opacidad para sí misma. A su vez, estos tres planos, en su articulación y potenciación mutua, encuentran en la reiterada consigna del sinceramiento⁷ otra figura significativa. Intensamente moralizada, esta apelación a sincerarse busca contrarrestar, valga la redundancia, el peso de una “pesada herencia”⁸ Llegado retórico y político, la herencia nombra, en el discurso gubernamental, el complicado asedio de una temporalidad

⁷ La consigna del sinceramiento funciona como una constante en el discurso gubernamental. En relación a la abrupta pérdida de participación del salario en la distribución de la riqueza, al aumento de tarifas, al recorte de los programas sociales y a los despidos en el sector público, entre otras políticas regresivas implementadas por el nuevo gobierno, este discurso apela sistemáticamente a la necesidad de “sincerar la economía y saber cuál es la realidad del país”. Ver, por ejemplo: <http://www.eldestapeweb.com/macri-insistio-el-sinceramiento-la-economia-n16799>

⁸ “Pesada herencia” es el modo de descalificar en su conjunto a las políticas redistributivas llevadas adelante por el gobierno anterior.

contradictoria, excesiva y opaca que quisiera dejarse de una vez por todas y definitivamente atrás.

Tanto la apelación al sinceramiento (la necesidad de volver a “llamar a las cosas por su verdadero nombre”) como la imperturbable voluntad de literalidad (“basta de relato, de retórica épica y grandilocuente”) sirvieron para sostener la brutal ampliación de la brecha desigualitaria impulsada en Argentina por el gobierno de Mauricio Macri, valiéndose del reforzamiento de una serie de estereotipos: los trabajadores del Estado son ñoquis, los políticos son todos ladrones, los planes sociales y programas estatales son superfluos porque fomentan la vagancia o bien subvencionan la militancia, etc. Pero la necesaria crítica de estas operaciones de estigmatización podría llegar a resultar insuficiente, empobrecedora o simplificadora si se limitara a dejar sin leer los otros rasgos menos visiblemente violentos y des-democratizadores de esta nueva discursividad pública. ¿No hay acaso algo de la democracia que zozobra cuando en el discurso no solo abundan los estereotipos sino también cuando los nombres conflictivos de la comunidad política *faltan* o pierden visiblemente su espesor; no solo cuando abundan las delimitaciones excluyentes sino también cuando los términos que guardan la memoria de diferencias concretas son desplazados sin más?

La presencia, en el discurso gubernamental, del deseo de una lengua presuntamente transparente, desprovista de los dobleces y las asperezas de la historia, ha sido interpretada recientemente por Horacio González en un trabajo donde contrastaba la relación con los símbolos propuesta durante la última década por la fuerza política mayoritaria y la que nos propone la que hoy ocupa su lugar:

«El gobierno kirchnerista cultivó una extrema exigencia para colocar sobre escenas institucionales variadas banderas con su nombre, aún en los casos donde era notoriamente preferible que los grandes símbolos quedaran en reposo. Pero, nuevamente, es preferible esta ansiedad nominativa al ilusorio estadio en que un grupo político financiero y empresarial de la globalización concluye que no necesita nombrarse a sí mismo porque ya se siente mimetizado en la naturaleza (en la floresta del Capital) y su presunta asepsia (...) el macrismo tiene una aparente ausencia de nombres, desearía ser previsible como un autómatas y expulsar el azar

de la historia». (González 2016)⁹

El macrismo se dice *también* en una aparente ausencia de nombres, sostiene González; cree que no necesita nombrarse porque se mimetiza con el orden natural y la vuelta a la “normalidad”. Este señalamiento presenta el interés de enfocar un aspecto novedoso del discurso que tiende a quedar eclipsado por la crítica de su sesgo estigmatizador, pero sobre el cual, creemos, resulta indispensable reflexionar para comprender la envergadura del proceso socio-cultural en marcha. En nuestra lectura, el adelgazamiento de la palabra política que caracteriza los lenguajes públicos en el presente de nuestro país es en sí mismo *complejo*, puesto que hace convivir -la tarea será precisar de qué modo- aquel mecanismo estigmatizador típico del discurso autoritario clásico que produce un sujeto paranoico agitador de imágenes de odio *contra* los otros, con una entronización de lo *sin-límite* que aparentemente le permite abandonar el terreno de la disputa simbólica. Dicho de otro modo, es como si la identificación de los objetos de odio (el “planero”, el vago, el corrupto, el ladrón, el “ñoqui”), que efectivamente caracteriza este discurso, no pudiera producirse acabadamente sin su otra inflexión: la repetición vacía de la potencia ilimitada de *todos* los sujetos en un mundo pleno de emprendimientos en el que no hay excluidos sino -eventualmente- malos jugadores.

Lo peligrosamente antidemocrático de este discurso no residiría entonces, según esta hipótesis de lectura, sólo allí donde excluye y traza límites, sino también -y tal vez de un modo más preocupante aún- donde genera una retórica que inmuniza a los sujetos frente a la experiencia de las exclusiones producidas. Este discurso se puede permitir grados inesperados de xenofobia, autoritarismo y naturalización de la desigualdad *porque y en tanto* envuelve a los límites en una atmósfera de irrealidad, como si provinieran de un relato fantástico que imagina adversarios donde sólo hay *co-equipers*; que imagina dominantes y dominados donde sólo hay astutos emprendedores que no precisan que nadie los esclarezca porque “todos nos damos cuenta de todo” e intentamos maximizar nuestras chances, potenciando nuestros enlaces en un mundo plano y sin baches, interconectado en su esencia. A la inversa, se podría sospechar que un *slogan* como “Todo

⁹ Este es un comentario sobre el fragmento de la entrevista a Mauricio Macri referido en la nota 6 del presente artículo.

es posible juntos” precisamente *porque* se ha vuelto pura repetición vacía, incapaz de alojar límites y diferencias políticas sobre el sentido de la democracia, es que *puede* reproducir infinitamente límites y exclusiones sin que ello comprometa -de allí que hablemos de inmunización- la autopercepción de los sujetos como miembros de una comunidad democrática.

Pero ¿es posible sostener la hipótesis de una primacía de lo sin-límite en la interpelación gubernamental cuando su llamado al sinceramiento nos conmina precisamente a reconocer limitaciones supuestamente consustanciales a lo que “somos” como sociedad?¹⁰ Si efectivamente el llamado a sincerarnos exige que la sociedad se reconozca “tal cual es” y expíe su culpa por haberse soñado trastornando el orden de las cosas y de los límites inherentes a un país “pobre”¹¹, por otro lado esta interpelación insiste también en que lo que debe dejarse atrás es el conflicto y la división social, aquella que traza ilusoriamente límites y fronteras donde no los hay¹². Donde nunca los hubo, dice ahora en tono reconciliador el padre admonitorio que antes nos declaraba culpables del desorden pretérito. El no reconocimiento -en el pasado- de nuestras limitaciones como país es el que justifica el castigo (actual) de quienes deben someterse a una necesaria austeridad. Pero, por otra parte, en la comunidad “real” -la que los agentes del antagonismo buscaron escindir- *todos* somos emprendedores, protagonistas “reales” (y no meramente discursivos)¹³ de una aventura que nos encuentra *juntos* navegando aguas

¹⁰ Limitaciones que -en un gesto negador- habrían sido desconocidas por casi todos -y principalmente por el anterior gobierno- durante una década de “ficción” kirchnerista.

¹¹ La impugnación de las ideas de desarrollo económico colectivo y movilización social ascendente impulsadas durante el período de los gobiernos kirchneristas constituye una de las claves del nuevo “concretismo” dominante, expresado de un modo ejemplar en lo sostenido públicamente y con gran repercusión mediática por el economista afín al gobierno actual y ex Presidente del Banco Central durante el gobierno de Carlos Menem, Javier González Fraga: “Venimos de 12 años en donde las cosas se hicieron mal. Se alentó el sobre consumo, se atrasaron las tarifas y el tipo de cambio... Donde le hiciste creer a un empleado medio que su sueldo servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos e irse al exterior”. Ver:<http://www.infobae.com/2016/05/27/1814472-gonzalez-fraga-le-hicieron-crear-un-empleado-medio-que-podia-comprarse-celulares-e-ir-se-al-exterior/>.

¹² Ver por ejemplo la desacreditación de la realidad de los conflictos, en el caso del discurso presidencial, en: <https://www.youtube.com/watch?v=SkWhce2IZUE>. La impugnación de la división social y el llamado armónico a la unidad nacional no fue, sin embargo, una idea exclusiva de la alianza que hoy gobierna Argentina. Con excepción del Frente de izquierda, todo el arco político opositor insistió en ella durante la campaña presidencial de 2015. En este sentido resulta paradigmática la serie de *spots* de Progresistas, una de las fuerzas políticas opuestas al Frente para la Victoria en las elecciones presidenciales, en la que se denunciaba como ilusoria la fractura social. Ver <https://www.youtube.com/watch?v=YFKhbfj-9FU>

¹³ Sobre el papel central que -de acuerdo a los cuadros políticos del mismo gobierno- tienen en la retórica oficial el “protagonismo real y no meramente discursivo” de los individuos, la idea de “positividad” y la “lógica del juntos” ver:<http://www.eldestapeweb.com/las-insolitas-frases-del-retiro-espiritual-que-armo-el-gobierno-n21103>

riesgosas pero plenas de oportunidades.

Nombres transparentes para una comunidad ilimitada

... en esta época, en la que ocurre precisamente lo que uno no podía imaginarse, y en la que ha de *ocurrir* lo que uno ya no puede *imaginarse*, y si se pudiera hacerlo, no ocurriría...

Karl Kraus, Viena 1914

De acuerdo al planteo que hemos adelantado, la violencia discursiva característica de esta nueva formación ideológica puede funcionar no sólo desacreditando a los “malos sujetos” -cuando estigmatiza-, sino también envolviendo las vidas excluidas en una suerte de irrealidad a través de una retórica hiper-inclusiva que promete ilusoriamente incluir a todos. La imagen de la comunidad que dibujan los repetidos *slogans* “Todo es posible juntos” y “En todo estás vos” logra borrar, en los términos que moviliza (*todos, vos*), cualquier contenido concreto -en conflicto potencial con otros contenidos- para cobijar la fantasía de una coexistencia armónica entre todos ellos. Abordar la interpretación de la actual coyuntura ideológica a partir del análisis de un tal ofrecimiento de armonía y plenitud -que se erige como repudio del límite y la imposibilidad- nos permitiría comenzar a pensar -contra las teorías de la manipulación ideológica- en las “ganancias” subjetivas involucradas en este particular modo de ser llamado. En esta línea de lectura cabe preguntarse, en efecto, ¿qué podría tentar al sujeto en una interpelación semejante? ¿Qué tipo de *plus* se le ofrecería en la forma de un borramiento de límites que se dice como plenitud? Como ya sugerimos, la inclusividad infinita como señuelo subjetivo no es un simple contrapeso o sobreañadido que permitiría tolerar mejor las exclusiones que simultáneamente él mismo padece y realiza. Tampoco se trata de la comunidad como máscara -ilusoria- de la -verdadera- privatización del cuerpo social, como pretendería una identificación de la crítica ideológica con el desocultamiento. Poniendo el énfasis en la productividad de la ideología, nos parece fundamental no subestimar la eficacia ni restar materialidad a lo que esta fantasía de plenitud realiza *en* o hace posible *para* el sujeto de la interpelación. Antes de ello nos detendremos brevemente, aquí, en otra serie de

cuestionamientos que, haciendo pie en la teorización foucaultiana del sujeto neoliberal, destacan la novedad del emprendedorismo como elemento fundamental de una racionalidad inédita.

El emprendedor es, efectivamente, una figura subjetiva activamente impulsada por la propaganda oficial¹⁴ que no deja de tener lazos de parentesco con la semántica de los riesgos y el espíritu combativo asociado al individuo modélico de un capitalismo competitivo anterior. Ahora bien, las figuras de este emprendedorismo no se limitan a repetir las del héroe solitario, el pionero, el conquistador o el adelantado, todas ellas privilegiadas en el liberalismo clásico. Como ha señalado Foucault (2009), y volvieron a puntualizar Boltanski y Chiapello (2002) en su análisis de lo que denominaron “ciudad por proyectos”, a diferencia de este último, el neoliberalismo no apela solamente a un sujeto aislado sino también a una instancia supra-individual: la red. Se trata de individuos, sí, pero siempre ya conectados con otros, hiper-vinculados e hiper-comunicados. En este sentido, frente a la corriente sacrificial regida por la épica individual del liberalismo, el neoliberalismo plantea una corriente cálida, una aventura grupal hiper-libidinizada que, en el caso particular de la interpelación macrista, cuaja en las figuras del “equipo” (Vommaro y Morresi 2015).

“Red”, “conectividad”, “equipo”, “juntos”, “colaboración” son todos significantes que no se oponen sino que se articulan en un mandato fuerte de competitividad y esfuerzo individual por el cual las instancias colectivas de solidaridad social resultan desalojadas. Si la existencia de estas últimas presupone sujetos en posiciones desiguales y asimetrías estructurales a corregir, este discurso se asume igualitario sólo en su propuesta de subsanar la desigualdad de oportunidades (Dubet 2015) para que todos los que se esfuercen lo suficiente, accedan a una felicidad que se identifica exclusivamente con el triunfo del mérito personal. En esa idea se constituiría eventualmente el modelo de justicia acorde a la comunidad infinita: la desigualdad de oportunidades entre los individuos -independientemente de su posición social estructural- representaría el único

¹⁴ Ver, por ejemplo, el *spot* publicitario del Banco Ciudad de Buenos Aires en <http://www.adlatina.com/publicidad/%E2%80%9Cinversores-de-la-vida%E2%80%9D-lo-nuevo-de-sentidos-para-banco-ciudad>

mal social a erradicar en tanto se asocia precisamente a la existencia distorsiva de obstáculos, de límites, que dividen artificiosamente a la comunidad natural de los emprendedores que somos. Así, oportunidades constituye el significante clave asociado a esta retórica en la que, a la vez que se condenan ciertas inequidades a la hora de la competencia, se constata no solo la insuperabilidad sino, aún más, la “justicia” de la desigualdad.

La comunidad de los “emprendedores” es virtualmente infinita, sus predicados son antropológicos y se enganchan a una retórica del cada uno (*En todo estás vos*) que exalta el narcisismo de un yo completo y omnipotente. Porque “está en nuestra naturaleza emprender” y podríamos hacerlo “sin fricciones” -de no darse artificiosas regulaciones políticas-, las exclusiones que produce el modelo de la comunidad pan-inclusiva emergen necesariamente como auto-exclusiones individuales. Los que no “pertenecen” a esa comunidad imaginaria no lo hacen porque -dictamina este discurso en su perfil punitivo (Seghezzo y Dallorso 2016)- eligieron no participar, retirándose del juego o malgastando sus oportunidades. De allí que despierten menos la caridad cristiana que la furia del castigo en un esquema argumental infinitamente repetido en las calles de la Argentina: “les dieron todo”, “no tienen excusas”, “yo me rompí trabajando”, ellos -en cambio- se convirtieron en una “amenaza” y lo hicieron por decisión propia, y ahora sólo cabe identificarlos y reprimirlos. Un esquema argumental -cabe subrayar- en el que queda bien expuesta la constitución bifronte del nuevo discurso público dominante en la cual lo punitivo y la supuesta plenitud de la ausencia de límites resultan caras inescindibles.

Ahora bien, los contornos de este discurso no coinciden ni con los de un gobierno ni con los de los medios de comunicación que le son afines. Aunque nos hemos referido a *slogans* y a una discursividad más o menos conscientemente organizada para producir determinados efectos, el fenómeno que consideramos preciso pensar -y pensar críticamente, en modalidades atentas a su dialéctica interna-, sin ser independiente de él, excede el ámbito de las políticas de comunicación e incumbe al más amplio y difuso espacio de la experiencia social, es decir, a ciertos modos de habitar el lenguaje, o de deshabitarlo de sus complejidades, sus espesores, paradojas, temporalidades disyuntas.

En la audibilidad del *slogan* no es sólo al publicista a quien podemos reconocer como sujeto de lenguaje sino también -mucho más relevante social y políticamente- a un tipo de subjetividad anónima que, liberada del problema de la desigual densidad de las imágenes de la comunidad y de la existencia de conflictos entre ellas, se libera también -como veremos- de lo que Horacio González llamaba “el azar de la historia”, perfilando una singular forma de totalitarismo y una economía subjetiva, ambas sumamente paradójales, a las que querríamos referirnos en lo que sigue.

Escenas de interpelación y economía subjetiva

En Argentina, una serie de interpelaciones políticas fechadas se han declinado a lo largo de la historia en llamamientos colectivos cuya promesa de universalidad no omitía -sin embargo- la división social, ya se tratara del “pueblo trabajador”, de la “ciudadanía democrática”, o del “pueblo empoderado en sus derechos”. En esos nombres determinados, no podía dejar de aludirse a ciertos “otros”: las oligarquías nacionales y el imperialismo, en los años del peronismo clásico; los antidemocráticos de la llamada “transición”; y/o las minorías privilegiadas y sus intereses corporativos, en la más reciente experiencia kirchnerista. El “Todo es posible juntos” del macrismo parecería, por el contrario, constituirse como una interpelación infinitamente amigable, sin enemigos ni divisiones internas. ¿Qué clase de injustificada paranoia invitaría a ver en ella -en su edulcorada retórica de inspirados publicistas- la ocasión de una avanzada totalitaria? ¿Y qué rédito podría tener este tipo de interpelación en la economía subjetiva?

Se ha señalado que en su designación de “otros” los nombres de la comunidad política podían cumplir un cierto papel “liberador” de las angustias subjetivas al permitir mapear las diferencias entre unos y otros, entre nosotros y ellos, y garantizar así el cierre del círculo identitario. Pero tal vez no sea sólo en la denominación del otro y en último término en el estigma -como reducción brutal del nombre- donde el sujeto adquiere cierta seguridad al proyectar en el exterior sus propios temores, sino también a través de la configuración de su experiencia en nombres adelgazados -sin tiempo, ni lugar, ni adversarios, ni excluidos internos- que por su indeterminación prometen “liberarlo” de la

contingencia e incoherencia de las interpelaciones diversas en las que se ha constituido como tal. Nombres que prometen, finalmente, liberarlo de su ser “causado” en la interpelación.

Si en este gesto que podría “tentar” al sujeto con una cierta garantía de “liberación” puede advertirse un borramiento y, en particular, un borramiento de lo histórico, “borrar el azar de la historia” -retomando la expresión de González- implica aquí una operación doble. Por un lado, se trata de la negación de los nombres históricos de la comunidad, forjados en coyunturas y escenarios nacionales precisos; por otro, de la negación de la génesis del propio sujeto en tanto barrado, desposeído de su origen y efecto de circunstancias que necesariamente le son opacas.

En cuanto al primer aspecto, “borrar el azar de la historia” de los nombres políticos de la comunidad no consiste únicamente en borrar las diversas circunstancias de emergencia -retrospectivamente necesarias pero imprevisibles- de esos nombres, sino también lo incierto de su porvenir. Pero, además y sobre todo, consiste en borrar su coexistencia conflictiva. En efecto, la alusión al azar de la historia no solo remite a la impronta temporal (emergencia y caducidad) de aquellos llamados, sino sobre todo a su no secuencialidad. “Pueblo trabajador”, “ciudadanía democrática” o “pueblo empoderado” ni se fusionan sencillamente, ni se suceden, ni se superan: han existido y existen, en la historia nacional Argentina, como interpelaciones yuxtapuestas, irreductibles las unas a las otras y en conflicto potencial. Ellas actúan juntas -si se nos permite la figura- incomodándose entre sí, arruinando la posibilidad de una perfecta univocidad simbólica y haciendo por ello imposible cualquier metáfora de cierre total y armónico tanto del sujeto como de la comunidad. La interpelación hiper-inclusiva puesta en juego en la consigna “Todo es posible juntos” borra, por el contrario, el espacio de aparición para esa diversidad potencialmente conflictiva de interpelaciones simbólicas parciales, constituyéndose -además, y aquí tocamos el segundo aspecto- en una suerte de realización de la fantasía de autointerpelación subjetiva en la que toda heteronomía parece finalmente superada.¹⁵ Y es que ambos aspectos de la negación, la de los nombres

¹⁵ Como recuerda Balibar en su crítica al compromiso comunista tal como éste es concebido por Badiou, la hipótesis -sostenida por este último- de que la idea comunista es distinta de cualquier otra y de que, por tanto, el compromiso o la

históricos de la comunidad, y la de la génesis del propio sujeto en tanto escindido, aspectos que hemos diferenciado analíticamente, encuentran su ligazón en un cierto tratamiento de los símbolos. Consideremos esto último con algún detenimiento.

Si como ya hemos anticipado el discurso macrista se retira de la disputa simbólica, es específicamente en el sentido de que pretende situarse *más allá* de los símbolos en disputa.¹⁶ El lado de los símbolos queda, en la segmentación absoluta que propone, del *otro* lado: el del pasado, la heteronomía y el autoritarismo del líder, de las banderas que aquél no deja de agitar, y de los cuales se diferencia enfáticamente. Ahora bien, cuando no hay espacio de roce entre parcialidades simbólicas porque se violenta aquella multiplicidad de llamados -muchas veces enigmáticos en su capacidad de “tocarnos”, muchas veces opacos y aún contradictorios entre sí porque en ellos persisten los ecos de los otros: restos de sonoridades impropias que dificultan, a la vez, los cortes limpios y tajantes¹⁷-, además de ser borrada la sorda realidad del conflicto, lo que se daña es la posibilidad de un lenguaje que *cause* al sujeto. Ser causados es ser interpelados en instancias que no elegimos como sujetos soberanos. Antes bien, esto acontece en nuestra historia en formas y circunstancias que no podríamos premeditar. Por una parte, dicho límite a una autointelección subjetiva plena, para apelar a los términos propuestos por Judith Butler (2009), nos “desposee” de nuestro origen; exhibe una falla en nuestra autonomía, por decirlo en términos kantianos; pone de relieve nuestra dependencia del Otro y de los otros. Pero en el juego activo de estas pasividades se configura, al mismo

identificación con el ideal comunista funciona en los sujetos de una forma completamente distinta a cualquier otra clase de compromiso (como, por ejemplo, el compromiso con la idea de República, de Ley, o del Mercado, entre otros) presupone que “los demás compromisos serían heterónomos, implicarían una sujeción a los significantes-amo de los que dependen y por los que se nombran, mientras que el compromiso comunista sería autónomo o, si se prefiere una terminología menos kantiana, consistiría en una especie de *autointerpelación* del individuo como sujeto.” Étienne Balibar, (2014): “El comunismo como compromiso, imaginación y política”. En Slavoj Žižek (ed.): *La idea de comunismo. The New York Conference* (2011), Madrid, Akal, p. 29.

¹⁶ Tal como aspiran a dejar establecido los siguientes fragmentos extraídos, respectivamente, de una entrevista realizada a un funcionario del PRO, y de un folleto titulado “Preguntas y respuestas” distribuido entre los cuadros del partido en 2011: “Nosotros en PRO nos orientamos al pragmatismo, al hacer [...] un clivaje posible futuro de la Argentina no pasa por izquierda ni por derecha, ni por peronismo ni por antiperonismo”. “Seguir catalogando las propuestas políticas como pertenecientes a la derecha o a la izquierda es aplicar al presente categorías del pasado, que en vez de explicar confunden. Hay distintos modos de ver la política, algunos son antiguos y otros son modernos. Según la perspectiva moderna la política es gestión y servicio al ciudadano”. Ambos citados en Vommaro, G. Y Morresi, S. *Hagamos Equipo. PRO y la constitución de la nueva derecha en Argentina*, Los Polvorines, Ediciones UNGS, 2015, p. 179.

¹⁷ “Pueblo trabajador” no dice lo mismo, es decir, nunca podría sustituir limpiamente a “ciudadanía democrática” pero tampoco está con esta última en una relación de completa ajenidad. Ecos de una resuenan -más o menos audibles- en la otra, si pensamos en nuestra historia reciente.

tiempo, el deseo en tanto diverso de la necesidad. Condición de una acción éticamente orientada, dirá Butler, aquello que parece carcomer nuestra libertad -el límite, la necesaria asunción de una falta en nosotros y en el Otro- resulta ser paradójicamente la condición misma de una acción, “libre”, en el sentido de que logra des-totalizar la lógica mortífera de un *plus de goce* que, como tal, prescinde del sujeto ético¹⁸. Ahora bien, si no es posible anular sin más nuestras pulsiones (barrer limpiamente del campo del sujeto todo goce pulsional), tampoco es lícito postular un sujeto de deseo como si éste ya estuviera presupuesto o garantizado en algún lugar. El sujeto llega a ser, adviene (o no) al deseo y el deseo es siempre una pregunta, un espacio que se recorta como un no-saber de sí. Advenir a la subjetividad es, de algún modo, volverse capaz de no saber, abriendo (y abriéndose a) una interrogación.

Venimos refiriendo dos niveles no escindibles pero analíticamente diferenciables: el de la génesis del sujeto y el de instancias políticas de interpelación colectiva. Se trata de especificar qué tipo de operaciones a nivel de la economía subjetiva son propiciadas por una interpelación ideológica *particular* que, no obstante, parecería situarse más allá de la serie de la disputa simbólica, en una lógica de la excepcionalidad y la autosustracción que, siguiendo el análisis de ciertos fenómenos “posmodernos” propuesto por Eduardo Grüner, podría caracterizarse como una lógica “fundamentalista”, entendiendo por tal cosa la absoluta negación de la propia particularidad que deviene pretensión “de ser *la* única ‘universalidad’ posible”.¹⁹ Es este último movimiento hacia la absolutización el que consigue desactivar la ambivalencia interna de interpelaciones políticas más clásicas. La evidente catadura simbólica de los llamamientos políticos clásicos comporta la paradoja de ser a un tiempo condición de su eficacia -la de sus efectos ideológicos de reconocimiento- y signo inocultable de su debilidad: una suerte de “defecto” de

¹⁸ Ver: Lacan Jacques. *El Seminario. Libro 20: Encore*, Paidós; *El seminario. Libro 17: el reverso del psicoanálisis*, Paidós; y *Escritos II, Siglo XXI editores*, 2005.

¹⁹ En oposición al modo en que son interpretados en el marco del universalismo liberal tradicional, en *El fin de las pequeñas historias* Grüner sostiene que los neofundamentalismos no constituyen la “negación de la Universalidad en favor de la Particularidad, sino *exactamente lo contrario*. Es porque se niega, porque no puede tolerarse la idea de la propia *particularidad* -es decir, la idea de ser *una* particularidad entre otras- que ésta adquiere, en el imaginario fundamentalista, dimensión universal. Se trata de una vuelta de tuerca al racismo tradicional: ya no es simplemente que *mi* cultura (*mi* etnia, *mi* ‘raza’) sea superior a otras, sino que es *la única posible*, y las otras son por lo tanto ‘falsedades’, ‘errores’, deformaciones o perversiones”. (Grüner 2002:129)

nacimiento, puesto que el símbolo se halla estructuralmente asediado no sólo por otros “externos”, sus eventuales competidores en la disputa simbólica, sino también -y fundamentalmente- por los ecos de esos otros símbolos que persisten en su propia constitución. Procurando situarse más allá de los símbolos, la diáfana interpelación macrista se constituye en una suerte de epifanía del puro hacer (protagonismo “real” y no meramente discursivo, como reza la consigna de la publicidad oficial) opuesta a la artificialidad y aún perversidad de lo que su pragmatismo denuncia como envejecidas y engañosas liturgias políticas, que manipulan insidiosamente a los sujetos.

El macrismo se inscribe a sí mismo como excepción, se sustrae de las series discursivas en que existen los adversarios políticos instalando una lógica de lo único (la única posibilidad, el plan único, sin reformulación o alternativa posible) *absoluto* frente a puras perversiones o deformaciones. Pero por pretender estar por fuera de esa serie de las ideas y los símbolos de lo “universal” en disputa que agita la “vieja política”, y por quererse más allá de todo espesor histórico que sitúe -y así también muestre los límites particulares de- su propia intervención, esta interpelación insta una lógica del *todo sin resto*. En nombre de una “nueva libertad” que es a la vez la vuelta a un origen “incontaminado” del sujeto y de la comunidad política, el macrismo llama a barrer de una vez con *toda* heteronomía, con toda “dependencia” de banderas que nos aten para dirigirse directamente a la persona²⁰. Se trata, sin embargo, de una ruptura no sólo con el conflicto inherente a la lucha simbólica en la arena política, sino también con el horizonte de la promesa como deseo de autotransformación que involucra forzosamente y compromete al colectivo -incluso en ciertas fantasmagorías colectivas pautadas por el mercado, como las del menemismo. A diferencia del neoliberalismo de los años noventa que, a su modo, abusó de la promesa en la utopía de una comunicación sin interferencias ni fricciones en el mundo global, una revolución tecnológica en ciernes de la que por fin iríamos a participar, la ideología hiper-pragmatista hoy vigente carece de horizonte utópico y opera, en cambio, por sustracción de la promesa: todas las imágenes de plenitud

²⁰ De allí la insistencia en el “vos” en la repetida consigna “En todo estás vos” o, tal como titulara el diario La Nación: “Con Macri, el sujeto nacional deja de ser la masa, y pasa a ser la persona”. Disponible en <http://www.lanacion.com.ar/1903209-alejandro-rozichner-con-macri-el-sujeto-nacional-deja-de-ser-la-masa-y-pasa-a-ser-la-persona>.

-incluso aquellas a las que eventualmente ha apelado por momentos el discurso oficial (la transparencia del mercado, la competencia no distorsionada, la alegría de un mundo ya no dividido por los conflictos)- son “retirables” sin más. En lugar de utopías como promesas de transformación lo que se pretende erigir son garantías. Pero lo garantizado -en la idea macrista de que lo que la gente quiere son garantías²¹- no son los derechos ni la posibilidad de desentrañar los complejos caminos del deseo como apertura al Otro en el actual estado del mundo, sino la tranquilidad para aquel que consienta reducirse a sí mismo (y a los otros que lo amenazan) a una supuesta (imposible) transparencia en la cual el lugar para las preguntas éticas (¿Quién soy?, ¿Quién es el otro?) queda obturado y, con ello, la posibilidad de una auténtica transformación.

¿Qué acontece en el terreno subjetivo cuando se produce semejante reducción? Deshacerse de los símbolos en su carácter dual de promesa y fetiche; en su capacidad de enajenarnos en una fantasmagoría pero también de relanzarnos a la contingencia de una historia cuya realización nos reclama como parte activa; en suma: entregarse a la tentación de una existencia despojada *por fin* de toda atadura, consuma silenciosamente, por la vía de lo imaginario, el ocaso de la subjetividad deseante. El sujeto queda atrapado en la fantasía imaginaria de una plenitud absoluta, ya dada, sin la distancia de un símbolo que pueda anunciar todavía -por más involuntariamente que sea- la pobreza o la falta de esa realidad. Una lógica de la absolutización que se declara “postheterónoma” actúa un repudio radical de lo simbólico en tanto división, repudio que introduce al sujeto en una heteronomía aún más extrema que la producida en y por la enajenación simbólica. Para decirlo ahora en otros términos, en esta matriz ya no cabe ningún espacio para la interrogación crítica: pretendiendo ahorrarse el paso por esas instancias que lo dividen -la historia, los símbolos, un no-saber de sí y de los otros- el sujeto deviene uno con su goce, pero de este modo se pierde a sí mismo. Si la condición de un sujeto deseante es la capacidad de lidiar con una falta (de consistencia, de plenitud), la falta es también la ocasión -que no debería darse por un hecho- de que advenga a la existencia quien tendrá que arreglárselas *sin* la garantía de un goce todo, de ahí que, en el extremo, cuando el

²¹ Ver nota 6.

sujeto se ve reducido al goce pulsional que Lacan llama *desenlazado*, es decir, liberado de las contingencia de la falta (de su deseo) se pierde también, literalmente, a sí mismo. La liberación que vendría a “garantizar” el discurso macrista -de ahí su sesgo oscuramente tentador- “libera” al sujeto de un saber de su desposesión pero con ello lo condena a una existencia “transparente” que lo cierra aún más sobre sí. Por eso se trata de una liberación paradójica, puesto que al mismo tiempo en ella se consume, sin ruido, la aniquilación de la subjetividad deseante, crítica, ética²².

Autoritarismo y rebeldía o las sorprendentes paradojas de una nueva derecha

Hemos hablado de interpelaciones colectivas encarnadas por fuerzas políticas concretas, en coyunturas singulares de la Argentina, y de su engarce con economías subjetivas. Ambos niveles interconectados -aunque no al modo de correspondencias simples y unívocas entre sujetos e interpelaciones- existen, por cierto, en un escenario mayor que sobredetermina los contextos nacionales y en el cual las tendencias dominantes parecerían ir hoy, a nivel del sujeto, en el sentido de un desalojo radical de la paradoja. Desalojo por el cual los términos antitéticos que la componen coexisten

²² En *Dar cuenta de sí mismo* Judith Butler ha propuesto una serie de hipótesis sobre la constitución de un sujeto ético en el marco de una experiencia de la conciencia no plenamente transparente a sí. Estas hipótesis buscan -por un lado- discernir escenas de interpelación diversas e irreducibles a la matriz exclusivamente punitiva denunciada por Nietzsche en su genealogía del sujeto y su crítica de una moral reactiva. Por otro lado, en discusión con el presupuesto de la filosofía moral, de acuerdo al cual los límites al autoconocimiento pleno irían en detrimento de la posibilidad de constitución de un sujeto moral, Butler se pregunta si no hay un aporte a la ética que se asocie a esos límites: a la opacidad constitutiva del sujeto para sí. “En un sentido real, dice la autora, no sobrevivimos sin ser interpelados, lo cual significa que la escena de interpelación puede y debe proporcionar un ámbito que propicie la deliberación, el juicio y la conducta éticos (2009: 71)”. Nos interesa su hipótesis porque sostiene que es precisamente la asunción de la no plenitud subjetiva -un saber de la desposesión- la que se encuentra en la base de la consistencia ética de un sujeto responsable. Desde esta perspectiva entonces es preciso advertir, contra la reducción que opera el planteo de Nietzsche, que las escenas del reconocimiento (y la interpelación) que nos constituyen son más amplias que el juicio moral. Y que aunque el juicio es necesario, no todas las relaciones éticas son reducibles a actos de juicio. Asimismo, contra las pretensiones de auto-transparencia del sujeto requeridas por la moral tradicional, Butler recuerda que la apertura de una interpelación ética, en la cual un sujeto responsable pueda reconocer a otro y dar cuenta de sí mismo, deberá asumir como condición necesaria la desposesión y la vulnerabilidad supuestas en el nacimiento de la subjetividad. Esa desposesión alude a lo que habría de ideológico en la pretensión de autonomía plena: las condiciones sociales de su emergencia siempre desposeen al yo pero esa desposesión no implica que se haya perdido el fundamento subjetivo de la ética sino que la asocia a la crítica, es decir, a una deliberación acerca de la génesis social y el significado de las normas. Por otro lado, Butler sugiere en otro lugar que la negación de esa desposesión plasmada en la imposibilidad de asumir las exclusiones y límites que nos constituyen arrojan al sujeto al borde de la psicosis: “Hay cierto tipo de exclusiones -de límites- sin las cuales no puede proceder ninguna política. ¿Cómo podríamos enumerar tales posibilidades excluidas? (...) La “inclusión” de todas las posibilidades excluidas llevaría a la psicosis, a una vida radicalmente invivible y a la destrucción de la política tal como la entendemos (1997: 5)”. Traducción nuestra.

inmediatamente yuxtapuestos, sin poder ser experimentados en su contradicción e invisibilizándose, así, su carácter paradójal.

Aquello que en el apartado anterior -a propósito del discurso movilizado por la fuerza política actualmente gobernante en la Argentina- describimos en términos de una economía subjetiva pretendidamente “liberada”, nos enfrenta, en efecto, con un nuevo escenario ideológico surcado por una serie de paradojas invisibles ya sea porque se trata de una “liberación” del sujeto que lo anula como sujeto de deseo, o de un traspasamiento de límites que se dice antidogmático y que sin embargo no redundo en ninguna apertura autoreflexiva o crítica capaz de captar tensiones y/o ambivalencias en lo ya dado. A estas paradojas se suman, a su vez, las que abordaremos en este último apartado: la de un neo-conservadurismo que llama al orden declarándose “en rebelión”, y la de una subjetividad que puede clamar a un tiempo por más libertad y más represión, por más república y menos corrección política.

Este discurso no se orienta únicamente, como se ha señalado con razón, a mimetizarse con la naturaleza de las cosas, ni nos convoca exclusivamente a volver a una “normalidad” perdida y recuperable en la que cada quien reencontraría un lugar acorde a su “verdadera” y “auténtica” esencia²³, sino que conjuga la consigna conservadora de reinstalación del orden que “nos han arrebatado” con términos estratégicamente recortados de las luchas populares²⁴. Con un discurso como el de la nueva derecha en la Argentina nos hallamos, así, frente a la paradoja de un conservadurismo rebelde. Un conservadurismo novedoso porque exalta un discurso de la *rebelión*; *rebelión restauradora* porque denuncia como autoritarismo la imposición de límites a los poderes dominantes. Si históricamente el llamado a la rebelión resultó indisociable de la asimetría de las fuerzas en pugna, de la desventaja manifiesta ante la cual los rebeldes afirmaban la voluntad de evitar una fatalidad y revertir mediante la lucha los mandatos establecidos,

²³ Autenticidad que se concibe lejos de los lugares artificiales y de los relatos conflictivos -negativos e improductivos- que un orden perverso habría querido imponer valiéndose de una coartada “democratizante” de la que deberíamos desconfiar.

²⁴ Empezando por la idea de una necesaria sublevación frente a un orden autoritario; idea sostenida por las fuerzas finalmente enlazadas en el actual oficialismo por lo menos desde 2008, cuando se suscitó el conflicto respecto de las retenciones sobre el agro. Para un análisis del uso macrista de la consigna “¡Sí, se puede!” consultar Litvinoff, Diego: “Para una crítica del ‘¡Sí, se puede!’ ”, disponible en <http://www.agenciapacourondo.com.ar/relampagos/para-una-critica-del-si-se-puede-por-diego-ezequiel-litvinoff>

esta neo-rebelión se constituye por el contrario en ese olvido de toda asimetría que consagra, precisamente, la asimetría vigente.

Hablamos en términos de tendencias, no obstante, porque este fenómeno de una configuración ideológica paradójica *in extremi* trasciende las fronteras de nuestro país. Contemporáneamente a los procesos que venimos describiendo para la Argentina y como señala Luciana Cadahia (2016), en los últimos años, asistimos en Estados Unidos al nacimiento de algo que nos parecía impensable: la emergencia de nuevos rebeldes (agrupados en la denominada *Alt Right* o derecha alternativa) que buscan emanciparse del supuesto autoritarismo moral del progresismo y dar rienda suelta a la “espontaneidad” de la opinión y el decir desembozado. Su discurso, configurado como un misterioso pastiche, dice Cadahia, hace convivir

«una prosa bélica y pacifista, teológica y atea, xenófoba e igualitaria, nihilista y voluntarista, identitaria y aperturista, entre otras antinomias del pensamiento. Pero la única antinomia que no vemos operar allí, la que hábilmente se oculta debajo de ese océano de paradojas expresadas con jerga libertaria, es la categoría de clase. Es decir, si prestamos atención a la letra chica de estas expresiones aparentemente caóticas descubrimos una unilateralidad que apunta a naturalizar las desigualdades sociales y el sistema de privilegio de clases. Ese es el único aspecto que no está en discusión y que opera como aquel impensado que viene a estructurar todo el discurso. Una gran exclusión bajo la forma de que todo es susceptible de ser dicho. Y es justamente esta idea de cierre del discurso sobre sí lo que se convierte en un modo sofisticado de fascismo expresado bajo la forma de su otro». (Cadahia 2016).

Cadahia describe la paradoja de un autoritarismo que se experimenta a sí mismo -y se manifiesta- “en rebelión”. La rebelión y su retórica no han sido ajenas al autoritarismo clásico, pero el nuevo no se levanta contra las instituciones democráticas y emplea, además, un lenguaje libertario. Es preciso resaltar, por otra parte, que los procesos socio-políticos argentino y estadounidense, descansan sobre napas de experiencia disímiles. Por ejemplo, la conquista de justicia social para los trabajadores impulsada por el Peronismo, en el primer caso, y el movimiento por los Derechos Civiles, en el segundo. De ahí que los

énfasis de cada rebelión difieran. Mientras que -como sugiere Cadahia- en Estados Unidos la *Alt Right* se rebela ante todo contra el progresismo cultural, en Argentina lo que se experimenta como insoportable es la redistribución progresiva del ingreso. Por eso, la figura emblemática de aquello que según esta nueva “prosa libertaria” debería dejarse atrás es, de modo privilegiado en Argentina, la del destinatario de la seguridad social o, para decirlo en sus palabras, la de quienes “viven a costa del Estado” (los estigmatizados bajo la denominación “planeros” o “ñoquis”) y en cuyo nombre se implementaron “políticas confiscatorias”²⁵. Así, si tanto Trump como Macri tienen la potencia de un discurso de la rebelión, en el primer caso podríamos decir que ésta se realiza en mayor medida contra la “represión” -que ejerce una moral progresista- mientras, en el segundo, se trata fundamentalmente de una rebelión contra la “confiscación” -que ejerce “injustamente” el Estado. Si como vimos, en este último discurso las bondades de la igualdad no dejan de estar aludidas²⁶ se trata siempre de una igualdad de oportunidades²⁷ y nunca de los conflictos inherentes a las relaciones capitalistas de producción. A la inversa, siempre que se plantee como redistribución del ingreso -como límite a los más privilegiados de la estructura social- la igualdad será percibida como una distorsión perversa que el retorno a “la normalidad” exigirá “expiar” con dolor.

Por otra parte, esa apelación a la normalidad en el discurso macrista no se identifica sin más ni con los clásicamente conservadores llamados al orden típicos de la derecha Argentina, ni con el sustrato ideológico redentorista del *Make America great again*, la consigna clave en la campaña electoral de Donald Trump. Mientras el movimiento sugerido por este último pretendería desandar la globalización para volver a un momento anterior a la “degeneración” -representada por el ingreso de extranjeros, el “culturalismo autoritario” o el “progresismo opresivo”, contra los cuales proyecta la imagen de un mítico pasado blanco-, el discurso capitalista neoliberal periférico de

²⁵ Término con los cuales este discurso se refiere a las políticas del Estado que gravan la renta de los sectores más concentrados de la economía (sectores agro-ganaderos, minería) para sostener el empleo público y garantizar políticas sociales.

²⁶ En efecto “Pobreza cero” fue una de las promesas sobre las que se estructuró la campaña presidencial 2015 que llevó a Mauricio Macri a la presidencia.

²⁷ Es en este sentido que en un nivel, este discurso parece decir que todos pueden lo mismo (abstrayendo toda desigualdad a la hora de la “libre competencia”), y que cada cual llegará hasta donde lo lleve su potencia.

Mauricio Macri -que no hace sino repetir las consignas económicas de la derecha Argentina- sigue promoviendo un modelo agroexportador. Es por eso que adopta un tono más universalista y llama a reinsertarnos, a “volver al mundo” luego de una “década de oclusión” en un “regionalismo decadente y corrupto”. Ahora bien, si en Argentina el autoritarismo -tanto el de las dictaduras cívico-militares como aquel que se autodenominara liberal- tuvo que pagar el costo político de identificarse a sí mismo con el “partido de la vuelta al orden”, el cambio propugnado por esta nueva derecha que se quiere más allá de las ideologías, logra interpelar también a aquellos que, creyéndose por fuera de las disputas políticas y por fuera de las retóricas del viejo autoritarismo, quisieran rebelarse contra las “opresiones” e “interferencias” de “El poder” visualizadas en su conjunto como monumentales actos de corrupción.

En otra clave, atenta ahora a las inflexiones del capitalismo a nivel global, trumpismo y macrismo podrían ser leídos como salidas -emparentadas pero diversas- de la crisis del neoliberalismo tanto en términos políticos (con el atentado a las Torres Gemelas en septiembre de 2001) como económicos (el derrumbe financiero en 2008). En ambas salidas el neoliberalismo resulta relanzado, pero no sin haber transformado algunos de sus rasgos más notorios, sobre todo aquél que apostaba a la inminente consumación de una utópica y reconciliada sociedad global que sería forjada en manos de técnicos “expertos” con los instrumentos de la más estricta racionalidad económica. Este primer *neoliberalismo* sostenía, en efecto, a la vez, una fría racionalidad económica y una dimensión utópica que proyectaba un horizonte a alcanzar: la desregulación total de los mercados; la imagen de un globo desjerarquizado, finalmente desburocratizado y horizontal; la apertura de fronteras a la hiper-comunicación y una revolución tecnológica por realizar. Respecto de ese neoliberalismo, a la vez frío y utópico, la nueva inflexión a la que hoy asistimos se revela, a un tiempo, más cálida y más cerrada sobre sí. Más cálida porque -en lugar de legitimarse en la razón experta- apuesta a la dimensión de las pasiones. En el espacio público insiste ahora un discurso que, en las antípodas de la retórica cerebral de los “Chicago boys”, exalta una afectividad *new age* -la alegría sin conflicto, lo positivo y la buena onda- como antídoto de las pasiones políticas “tóxicas”

inoculadas por la “locura crítica” de intelectuales y políticos en las mentes de la “gente común”²⁸. A las que descalifica como vetustas, artificiosas y peligrosas doctrinas ideológico-políticas, el actual neoliberalismo post-utópico no opone la fría racionalidad de los que detentan un saber académico superior, sino un remanido repertorio de pasiones domésticas, auténticas, pre-políticas y ego-centradas que re-libidinizan el lenguaje de la administración social. En cuanto al segundo rasgo mencionado, la nueva inflexión del neoliberalismo consume aún más plenamente que el primero la autorreferencialidad o la absolutización como cierre sobre sí. Al surgir en un mundo ya liberado del acoso del comunismo -cuyo fantasma, en las proximidades del fin de la guerra fría, el primer neoliberalismo todavía se sentía obligado a conjurar- parece poder existir hoy en la más absoluta de las inmanencias o, para decirlo de un modo que ya hemos empleado, en la prescindencia total de la discordia de los símbolos. Al ser omitida esa discordia en una operación que hemos denominado repudio de lo imposible o lógica de lo absoluto, lo que se torna imposible nombrar es la incompletud del orden vigente. Precisamente por ello, es que el orden sólo puede volver a afirmarse una y otra vez, tautológicamente. Como el sujeto, que al perder aquello que lo descompletaba se perdía a sí mismo como subjetividad deseante quedando reducido al *plus gozar*, así el orden capitalista vigente resulta, bajo este nuevo neoliberalismo, condenado a la pura repetición.

Según William Davies (2016), en efecto, la reconfiguración del neoliberalismo a partir de 2008 abre una fase “punitiva” e “increíble”²⁹ que se distingue tanto de la fase “combativa” (vigente entre 1979 y 1989 y orientada a desacreditar la opción socialista), como de la “normativa” (vigente hasta 2008 y orientada tanto a instalar criterios de justicia meritocráticos como a rehacer la subjetividad en torno al ideal de empresa). El neoliberalismo punitivo, a diferencia de ambas, libera el odio y la violencia sobre

²⁸ Hay una locura crítica que atraviesa el pensamiento nacional”, dice Alejandro Rozitchner.

<http://www.lanacion.com.ar/1968830-alejandro-rozitchner-el-pensamiento-critico-es-un-valor-negativo>. Tras el título *La Nación* subtítulo: “El filósofo pidió un ‘cambio’ en los valores educativos nacionales para que ‘los chicos sean felices, capaces y productivos’.”

²⁹ “El neoliberalismo se ha vuelto increíble”, dice Davies, “pero eso se debe en parte a que es un sistema que ya no busca la legitimidad como la buscaba antes, mediante un cierto consenso cultural o normativo. El poder soberano siempre ha tenido una lógica circular, ejercido para demostrar que puede ejercerse. Pero hoy, esa soberanía se encuentra en esferas técnicas y tecnocráticas: políticas, castigos, recortes y cálculos están siendo repetidos sin más, porque esa es la única condición de su realidad”. “El nuevo neoliberalismo”, op. cit., p. 143.

miembros de su propia población y, al operar con unos valores de castigo fuertemente moralizado, genera una interiorización de la moralidad financiera que produce la sensación de que merecemos sufrir por supuestas irracionalidades económicas cometidas en el pasado³⁰. Pero la clave de esa culpabilización, sostiene Davies, es su orientación poscrítica: “el momento del juicio ya ha pasado y las cuestiones de valor o culpa ya no están abiertas a deliberación” (2016: 139). De allí que esta nueva inflexión del neoliberalismo se caracterice, tal como vimos, por ofrecer formas de afirmación vacía, que deben repetirse de manera ritual. Estas formas, sostiene Davies:

«carecen de aspiración epistemológica o semiótica a representar la realidad y son, por el contrario, maneras de reforzarla. Cuando los dirigentes políticos dicen que la austeridad provocará crecimiento económico, el propósito de dicho discurso es el de repetir, no el de representar. De igual modo, cuando a los solicitantes de prestaciones se les obliga a recitar lemas como “Mis únicos límites son los que yo me pongo a mí mismo”, claramente no se trata de declaraciones sobre la verdad o sobre los hechos. Se trata de lo que Luc Boltanski ha denominado “sistemas de confirmación”, expresiones performativas que intentan preservar el *statu quo* y ocupar un espacio discursivo que de lo contrario podría llenarse de preguntas empíricas o críticas sobre la naturaleza de la realidad» (Davies 2016: 142).

Tanto esta periodización como la caracterización de un autoritarismo rebelde propuesta por Cadahia nos permiten distinguir a las nuevas derechas de las interpelaciones neoliberales que operaron en un momento histórico anterior -las que se configuraron en torno a la utopía del multiculturalismo en un mundo hiper-comunicado y sin fricciones-. Ellas bosquejan, al mismo tiempo, una serie de semejanzas con el fascismo en tanto jerga de la autenticidad, autorización para la “espontaneidad” de un decir/hacer hostil frente a los más desfavorecidos, y un discurso redentorista de vuelta al orden anterior a la degeneración (ya sea el pasado “blanco”, en el caso de D. Trump, o el “país

³⁰ En el caso europeo que Davies analiza se trataría del crecimiento económico animado por el crédito y la consiguiente generación de deuda. Tal vez para el caso de América Latina en general, y Argentina en particular, habría que referir esa supuesta irracionalidad pasada que ahora debemos purgar con dolor menos a la generación de deuda (anómalamente baja durante la última década en relación a la historia de estos países) que a la pretensión inclusiva y de fortalecimiento del mercado interno sostenida por los gobiernos progresistas en la región y que incluyó la implementación de políticas redistributivas en forma de programas y planes sociales.

“ordenado” y “normal” donde cada cual sabe ocupar el lugar que le corresponde en la jerarquía social y económica en el caso argentino)³¹. Como en el fascismo, en estas nuevas configuraciones de la derecha se trata de rebelión, sí, pero -como decía críticamente Walter Benjamin (1994) respecto del fascismo europeo- de una en la que ni por asomo “las masas hagan valer sus derechos”³². Y sin embargo, aunque tanto en la rebelión conservadora del trumpismo como en la del macrismo hay una exaltación de la potencia -ya sea en el nacionalismo imperial del *Make America great again*- o en la omnipotencia emprendedora estimulada por el paradigma del *coaching* que nutre el imaginario del *¡Sí se puede!* macrista-, de ambos está ausente el modelo de la movilización política y social, y el requerimiento de grandes sujetos colectivos en el espacio público. En este preciso sentido, pervive y se destaca en ambos fenómenos la impronta típicamente neoliberal que presupone la existencia en red pero de sujetos atomísticos, sin presencia callejera masiva ni mucho menos, organizaciones colectivas -sindicatos, asociaciones gremiales, centros de estudiantes. Ambas -manifestaciones callejeras y organización colectiva- constituyen incluso, en el caso del macrismo, figuras paradigmáticas del acechante pasado populista a conjurar.

¿Qué categorías invocar, entonces, para interpretar las reconfiguraciones ideológicas en nuestras sociedades post-liberales y su impacto en la subjetividad? ¿Qué hacer cuando deja de ser evidente que la noción misma de subjetividad (en el sentido de un sujeto ético capaz de sostener un deseo de transformación social) nombre un existencia actual? Justamente, si como sostuvimos aquí esta ideología produce, ante todo, una invisibilización o desalojo de las paradojas por ella producidas -volviéndolas inexperimentables para un sujeto cuyo goce se trama en un “no querer saber” nada de

³¹ Asistimos, en efecto, a un desplazamiento de las fronteras del discurso público con un sentido netamente des-democratizador. Tanto las nuevas programaciones de los medios de comunicación concentrados y cada vez más desregulados, como las intervenciones de numerosos funcionarios del actual gobierno -entre los que se incluyen ministros y el mismo presidente de la nación- alientan las manifestaciones de las más oscuras pulsiones punitivistas, racistas y xenófobas de la población. Mediante consignas que llaman a “sincerarnos”, a limitar el propio interés a los círculos más estrechos de la vida familiar, y a restituir un orden supuestamente perdido, se interpela a una subjetividad privatista y des-solidarizada, al tiempo que se condena toda pretensión de la ciudadanía de hacer valer sus derechos en el espacio público.

³² Ver: Benjamin, W. “La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica”, en *Discursos interrumpidos*, Madrid, Taurus, 1994.

las contradicciones que lo atraviesan- las chances de una lectura crítica sobre este escenario singular se juegan menos en la determinación de nombres inequívocos para un fenómeno cuya complejidad intentamos tornar visible, que en la capacidad de habitar la incomodidad de la insuficiencia de cada uno de los nombres que buscan fijar el sentido del fenómeno, sin tampoco renunciar a la -urgente- necesidad de invocarlos, y transitar todos los conceptos que se revelen por él concernidos.

Referencias Bibliográficas

- Alemán, J. 2017. "Trump: ¿existe un populismo de derechas?". Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-314113-2016-11-13.html>.
- 2017a. "Trump: neoliberalismo y confusión". Recuperado de <http://www.caffereggio.net/2017/01/29/trump-neoliberalismo-confusion-jorge-aleman-publico/>.
- Althusser, L. 2011. *Sur la reproduction*, Paris, Francia: Presses Universitaires de France.
- Balibar, E. 2010. "El comunismo como compromiso, imaginación y política" en *Sobre la idea del comunismo*, Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Benjamin, W. 1994. "La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica", en *Discursos interrumpidos*, Madrid, España: Taurus.
- Boltanski, L. y Chiappelo, È. 2002. *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, España: Akal.
- Brown, W. 2005. "Neoliberalism and the End of Liberal Democracy", en *Edgework. Critical Essays on knowledge and Politics*, Princeton University Press, New Jersey.
- Butler, J. 1997. "The uses of equality". *Diacritics*, Spring. Vol.27, Nro. 1. Baltimore, USA: John Hopkins University Press.
- 2009. *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Cadahia, L. 2015. "¿Cambiamos? Elecciones en Argentina". Recuperado de <http://lacircular.info/cambiamos-elecciones-argentina/>
- 2016. "Los nuevos hechiceros: materiales para un humanismo popular". Recuperado

de <http://lacircular.info/los-nuevos-hechiceros-materiales-para-un-humanismo-popular-luciana-cadahia/>

Crouch, C. 2004. *Posdemocracia*. Madrid, España: Taurus.

Davies, W. 2016. "El nuevo neoliberalismo", NLR 101, September-October.

Derrida, J. 1998. *Políticas de la amistad*. Madrid, España: Trotta.

Dubet, F. 2015. *¿Por qué preferimos la desigualdad?*, Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Foucault, M. 2009. *El Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, España: Akal.

González, H. 2016. "Cultura y neutralidad política". Diario Página12. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-290324-2016-01-15.html>.

-2017. "Filosofía, filialidad y "vida sana"", Agencia Paco Urondo. Recuperado de <http://agenciapacourondo.com.ar/secciones/relampagos/18924-filosofia-filialidad-y-vida-sana>.

-2017a "Neofascismos liberales". Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/32499-neofascismos-liberales>.

Grüner E. 2002. *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Seghezzeo, G. y Dallorso, N. 2016. "Neoliberalismo y seguridad. Retorno neoliberal y razón securitaria". *Revista Bordes*. Recuperado de <http://revistabordes.com.ar/retorno-neoliberal-y-razon-securitaria/>.

Traverso, E. 2018. *Las nuevas caras de la derecha*, Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Vommaro, G. y Morresi, S. 2015. *Hagamos Equipo. PRO y la constitución de la nueva derecha en Argentina*, Los Polvorines, Argentina: Ediciones UNGS.